

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

HEMEROTECA

8



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1967

cuentros en Buenos Aires, y si tal vez tendría Borges en su poder alguna carta adicional o algún libro de Reyes con dedicatoria especialmente interesante. Nos sorprendió la amable respuesta del propio Jorge Luis, la cual parecería escrita por la misma "amanuense" de la carta a Reyes de 19 diciembre 1959 (y otras), y firmada por Borges. Aquí la reproducimos para "cerrar con broche de oro" nuestra consideración del tema:

Buenos Aires - Oct. 22/1966

Profesor James Willis Robb
The George Washington University

De mi consideración:

Disculpe estas tardías líneas, pero diversas circunstancias impidieron que Guillermo, mi hermano político, me hiciera entrega de la carta que usted le envió. Tengo que agradecer a usted el honor que me hace al unir mi nombre al de Alfonso Reyes, hombre que tanto he querido y admirado. Hace algunos años, creo que en el último o penúltimo de su vida, quise que se propiciara su candidatura al premio Nobel pero no me fue posible llevar adelante el proyecto, tan justo en el caso de Reyes. Por mi mala vista siempre fui muy mal corresponsal y nunca he tenido archivo. En cuanto a libros dedicados, los tengo todos en mi biblioteca personal de la Biblioteca Nacional, de la que soy Director, que ahora no puedo consultar pues está en un serio [des]arreglo. Nuestra amistad se hizo aquí, lo visitaba con mucha frecuencia en su Embajada, charlábamos largamente y su partida fue dura para mí. Lamento no serle más útil, ya que tanto le debo; cuente con mi gratitud y mi amistad.

[JLB]

a/c Maipú 994

ESCRITORES ESPAÑOLES EN LOS COMIENZOS POÉTICOS DE LA NUEVA ESPAÑA

DR. ALFREDO A. ROGGIANO
Universidad de Pittsburg.

LA CONQUISTA DEL ANÁHUAC y todo el importante imperio regido por Moteczuma se realizó entre 1519 y 1521. Con Hernán Cortés, que era "algo poeta", según Bernal Díaz del Castillo, se inicia la colonización. España trasladó a América cuanto consideró necesario para cumplir su vasto plan de trasplante cultural. La hispanización fue realmente fecunda, pero "no ahogó la índole nacional; no estorbó la precoz manifestación de la idiosincrasia mexicana en la nueva lengua".¹ Aún más: "En sólo el primer siglo de la colonia, consta ya por varios testimonios la elaboración de una sensibilidad y un modo de ser novohispanos distintos de los peninsulares, efecto del ambiente nacional y social sobre los estratos de las tres clases mexicanas: criollos, mestizos e indios".² De modo que la colonización fue algo más que "conquistar la tierra, y ganarla y sujetarla a la corona real". Sin duda, es en la Nueva España donde mejor se cumplió el diálogo ecuménico que el espíritu occidental inició con el de este otro que, desde ese dichoso contacto, se empezó a llamar Nuevo Mundo. Nuevas religiones, nuevas lenguas, costumbres, hábitos, actitudes y usos diferentes, expresados en cada momento del diario vivir o en las creaciones de una monumental arquitectura, en la danza ritual, en la escultura, en las decoraciones policromadas, en el calendario, en la escritura, en los juegos, en la pintura y la poesía, fueron impactos más que inmemoriales en el alma del conquistador. Todo cambia, crece, se renueva: el pensamiento, la ciencia, las artes y las letras. España, al par que se daba en la

¹ ALFONSO REYES, *Letras de la Nueva España* (México: Fondo de Cultura Económica [Colección Tierra Firme, 40], 1948), p. 42.

² *Ibid.*, p. 41; ALFONSO MÉNDEZ PLANCARTE, *Poetas novohispanos* (México: Imprenta Universitaria, 1942), I, pp. X-XIII.

creación de instituciones, en la comunicación de la lengua, la religión, las ciencias y las artes, cosechaba y se enriquecía tanto en lo material como en lo espiritual. La Nueva España, así surgida, fue eso precisamente: una Nueva España, lo nuevo en lo original de la fusión, en la autenticidad que universaliza lo autóctono. Pedro Henríquez Ureña lo ha dicho con profunda convicción: "No: lo autóctono, en México, es una realidad; y lo autóctono no es solamente la raza indígena, con su formidable dominio sobre todas las actividades del país, la raza de Morelos y de Juárez, de Altamirano y de Ignacio Ramírez: lo autóctono es eso, pero lo es también el carácter peculiar que toda cosa española asume en México desde los comienzos de la era colonial, así la arquitectura barroca en manos de los artistas de Taxco y de Tepotzotlán como la comedia de Lope y Tirso en manos de Juan Ruiz de Alarcón".³

No cabe duda de que España fue consciente del alto valor de las culturas indígenas, como puede verse en las múltiples declaraciones de conquistadores, cronistas y misioneros. Razones propias de la emulación le obligaron, pues, a enviar a México lo mejor que poseía. Por lo demás, la importancia y fascinación de México fue tal que atrajo a eminentes figuras de las ciencias, las letras y las artes de la Península, cuyo traslado a las Indias —salvo, al parecer, el caso de Cervantes⁴— fue oficialmente favorecido.⁵ Esta concurrencia de ingenios creó un alto clima espiritual y dio singular relieve al momento literario de la colonia, donde las más variadas formas y especies tradicionales, populares y cultas —ya las antiguas medievales, las clásicas latinas o las de fresca innovación venidas de la Italia renacentista— tuvieron en el Nuevo Mundo culto propicio. Aparte de la poesía popular y tradicional, que fue lo primero que trajo el conquistador, las formas cultas se difundieron al amparo y contralor de los organismos e instituciones legales (Estado, Iglesia, Universidad, colegios, imprenta) y a propósito de celebraciones y festividades (pa-

³ PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *La utopía de América* (La Plata, 1925), p. 9.

⁴ FERNÁNDEZ DE NAVARRETE (*Vida de Miguel de Cervantes*) informa que el autor del *Quijote* solicitó, en 1590, "la Gobernación de la provincia de Soconusco" (Cfr. MÉNDEZ PLANCARTE, *op. cit.*, I, p. XLIX, nota 21).

⁵ FRAY JERÓNIMO DE SAN JOSÉ (*Historia del V. P. Fray Juan de la Cruz*; Cfr. MÉNDEZ PLANCARTE, *ibid.*) asegura que el gran místico obtuvo licencia para trasladarse a la Nueva España en 1591, poco antes de su muerte. Alejandro Arango y Escandón (*Fray Luis de León*. México, 1866, pp. 244-245) dice que en 1588 el Rey Felipe II ofreció a Fray Luis de León el Obispado de México. Ni Cervantes, ni San Juan, ni Fray Luis de León vinieron a México. Vinieron Pedro de Trejo, Juan de la Cueva, Gutierre de Cetina, Hernán González de Eslava, Bernardo de Balbuena (si es que no nació en México), Francisco Cervantes de Salazar, Eugenio de Salazar y Alarcón, Arias de Villalobos, Diego Mexía, Rosas de Oquendo, Luis de Belmonte y Bermúdez y Mateo Alemán, entre los más notables. Y, desde luego, las obras de los tres que no llegaron, además de las de Garcilaso, Herrera, Góngora, etc.

negíricos a la llegada de un alto personaje, odas y epitafios en exequias, túmulos, homenajes), competiciones en certámenes universitarios, justas colegiales y juveniles, encuestas que van y vienen, en tentativas de poner la historia en verso, o en la íntima plegaria religiosa, la meditación trascendente, la sátira social, las descripciones de paisajes y ambientes y la efusión amorosa. El factor institucional y el humano colaboraron por igual; el medio y la naturaleza, la cultura y el hombre, el libro y los sucesos inmediatos, lo trascendente y lo humano, motivos de toda índole suscitaron temas y promovieron la inspiración. Se asegura que ya hacia 1572 la conquista espiritual estaba concluida, y que para esa fecha el florecimiento del virreinato había llegado a un alto grado de esplendor. En este medio, la actividad poética llegó a ser tan variada e intensa como correspondía al desarrollo y magnitud de un gran centro civilizador. La calidad de lo producido era desigual, pero en sus mejores logros no deslucía visiblemente ante una confrontación con los modelos metropolitanos. La cantidad, eso sí, pareció alcanzar extremos alarmantes. Balbuena revela que en un certamen convocado en 1585 concurren trescientos individuos,⁶ y, de atenernos a "la cruda salida satírica de Eslava" (A. Reyes), llegó un momento en que los poetas fueron "más abundantes que el estiércol".⁷ Bernal Díaz del Castillo, Grijalva, Motolinía, Solís y Haro, etc., dan testimonios de ese florecimiento auroral novohispano, en donde el artista de alcurmia o el más humilde poeta se amparaban en sus virtudes creadoras para equipararse en los rangos de la consideración social, privilegio que aún perdura, afortunadamente, en México.

En el primer período del desarrollo poético de la Nueva España es preciso destacar, en primer término, la presencia de un grupo de escritores peninsulares que Alfonso Reyes ha denominado "la pléyade de España". Nos proponemos aquí hacer un estudio de esas primeras figuras llegadas al Nuevo Mun-

⁶ Dice FRANCISCO PIMENTEL, en *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México desde la conquista hasta nuestros días... Poetas* (México: Librería de la Enseñanza, 1885), p. 41: "Tres famosos certámenes literarios hubo en la Universidad de México durante el siglo XVI, según Balbuena, uno en 1585, otro en 1586, y el último en 1590. El primer certamen se celebró en honra del Sacramento de la Eucaristía, a presencia de siete obispos que formaban el tercer concilio provincial mexicano". MÉNDEZ PLANCARTE (*passim*, p. XLII) lo llama el "Certamen del Corpus de 1585". VICENTE T. MENDOZA (*Glosas y décimas de México*, p. 14) da el año de 1575 como fecha en que se celebró dicho certamen. Véase: FRANCISCO PÉREZ SALAZAR, "Los concursos literarios en la Nueva España y el Triunfo Parthénico", en *Revista de Literatura Mexicana* (año I, núm. 2, octubre-diciembre de 1940), 290-306.

⁷ En el coloquio *El bosque divino*. La cita de Alfonso Reyes se halla en su *Resumen de la literatura mexicana* (Siglos XVI-XIX) (México: Archivo de Alfonso Reyes. Serie C. [Residuos]. Núm. 2, 1957), p. 14.

do, su influencia en el medio novohispano y el impacto que en ellos produjeron las cosas del Nuevo Mundo.

¿Quiénes eran los poetas y qué clase de poesía producían? Contamos para su conocimiento con dos recopilaciones, ambas de la segunda mitad del siglo XVI: ⁸ el *Túmulo Imperial*. . . ⁹ (1560), de Francisco Cervantes de Salazar, y las *Flores de varia poesía* ¹⁰ (1577), de autor no identificado.

El *Túmulo*, como construcción en homenaje a Carlos V, tal vez pueda ser considerado "como monumento de la grandeza a que había llegado México en tan pocos años" (García Icazbalceta), pero como muestra de poesía apenas si tiene un valor histórico. CERVANTES DE SALAZAR ¹¹ era un humanista educado en cánones latinos y retóricos de aristotelismo italianizado. Con él llega a la Universidad de México y se derrama por la Corte y los círculos cultivados un tipo de literatura erudita de diálogos, traducciones y versos latinos, que

⁸ Ticknor menciona un *Cancionero Spiritual*, de un P. Las Casas, "indigno religioso de esta Nueva España", al parecer de coplas devotas e impreso por Juan Pablos en México, en 1546. García Icazbalceta y Menéndez y Pelayo dudan de su existencia. Méndez Plancarte sostiene que es apócrifo (*Abside*, 1942, VI, 2), pp. 222-4.

⁹ *Túmulo imperial de la gran ciudad de México a las obsequias del invictísimo César Carlos V*, etc. (México, 1560). Publicado por García Icazbalceta en su *Bibliografía mexicana del siglo XVI* (México, 1886), y en sus *Obras* (ed. cit.), t. VI: *Opúsculos varios*, III (BAM, vol. 12), 1898, pp. 347-433. Los versos latinos y castellanos están en páginas 404-416. En páginas 153-163, bajo el título de "México en 1554", García Icazbalceta publica su traducción de "Tres diálogos latinos por Francisco Cervantes de Salazar", donde hallamos una primera descripción de la ciudad de México.

¹⁰ *Flores de varia poesía*. Manuscrito anónimo compilado en México en 1577, se presume que por Juan de la Cueva, o que éste participó en la compilación y lo llevó a España, en cuya Biblioteca Nacional de Madrid se encuentra el original, muy deteriorado, bajo el número 2973. Hay una copia que mandó hacer Antonio Paz y Melia, registrada bajo el número 7982. De ésta hay una fotocopia microfilmada en la Universidad de Wisconsin, que fue usada por el Dr. Renato Rosaldo para el estudio que publicó, bajo el título de "Flores de varia poesía: apuntes para el estudio de un cancionero mexicano del siglo XVI", en *Hispania* (vol. XXXIV, núm. 2, Mayo 1951), pp. 177-180; aparece ampliado en *Abside* (t. XV, núm. 3, 1951), pp. 373-396 y, también en *Abside* (t. XV, núm. 4), pp. 523-550.

¹¹ Cervantes de Salazar llegó a México en 1550 o 1551, donde vivió hasta su muerte, en 1575. En la Universidad de México obtuvo los títulos de licenciado y de doctor, y fue profesor de la misma. Aunque se le considere "el padre de nuestro humanismo" (Méndez Plancarte), no fue él quien introdujo en México la poesía latina, sino Cristóbal de Cabrera, en 1540. Véase: GARCÍA ICAZBALCETA, *Obras* (ed. cit.), t. IV: *Biografías*, II, 1897, pp. 17-52, y AGUSTÍN MILLARES CARLO, *Apuntes para un estudio biobibliográfico del humanista Cervantes de Salazar* (Núm. 35 de la Colección de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México).

pretende un vuelo levantado, de grupo selecto al cual sólo se entra por el camino del saber, antes que por el de la gracia poética. El hábito de versificar en latín le permite ser más diestro que en la lengua romance, según Menéndez y Pelayo, quien concluye: "lo único que importa advertir es que los pocos versos castellanos del *Túmulo* son todos de la escuela italiana: sonetos y octavas reales con algunos versos agudos, como solían practicarlos Boscán y Don Diego de Mendoza".¹² El *Túmulo*, palabra cuya antigua eufonía resuena hoy a grandilocuencia y un poco a vacuidad, pudo haber representado ese "aire monumental" de la "pléyade de España",¹³ con todo lo que pudiera tener de "abultado", académico y pomposo, pero se quedó en una "verbalidad parecida a la poesía",¹⁴ por debajo del "gran tomo" de los maestros clásicos y del arte de su tiempo. Acaso su mayor mérito radique en ser la primera presentación conjunta, aunque muy deficiente, de la escuela antigua (clásica latina) y la moderna (italo-renacentista).

El tono ideal de este momento de la poesía hispánica habrá que hallarlo dentro de la corriente culta, humanista y renacentista, procedente de Italia desde los tiempos de Boscán, hispanizada y nacionalizada por Fernando de Herrera —término de compromiso entre Garcilaso y Góngora—, traída a América por Gutierre de Cetina. El ya borroso petrarquismo del célebre autor del madrigal a los "Ojos claros, serenos...", junto con ecos muy visibles de la vena lírica y los acentos épicos de Camoens, alimentarán, en grado considerable, la inspiración del primer poeta mexicano, Francisco de Terrazas, uno de los puntales de las *Flores de varia poesía*. En este valioso documento, que es realmente la primera colección poética recopilada en la Nueva España, aparecen unidos, en fraternidad de principios y fines estéticos, poetas de España y de América. Entre los peninsulares se destacan, por su cantidad y calidad, los representantes de la "escuela italoclásica". El Códice madrileño ha sido muy bien estudiado por Renato Rosaldo (Edición Abside, 1952) y a ese estudio y edición remitimos al lector para mayor información.

GUTIERRE DE CETINA era ya famoso cuando llegó a México, primero en 1546 y luego posiblemente entre 1554 y 1557, fecha en que murió, víctima de un alevoso atentado.¹⁵ Según Francisco Pacheco (*Libro de descripción*

¹² MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de la poesía hispanoamericana*. Edición Nacional de sus *Obras completas* (Madrid, 1948), t. I, p. 20.

¹³ A. REYES, *Letras...*, p. 72.

¹⁴ *Ibid.*, p. 74.

¹⁵ Sobre Gutierre Cetina véase: MENÉNDEZ Y PELAYO, *op. cit.*, I, pp. 21 ss., nota 1; FRANCISCO DE IGAZA, *Sucesos reales que parecen imaginados, de Gutierre de Cetina, Juan de la Cueva y Mateo Alemán* (Madrid: Imprenta Fortanet, 1919); LUCAS DE TORRE, "Algunas notas para la biografía de Gutierre de Cetina" (*Boletín de la Real Academia Española*, XI, 1924); NARCISO ALONSO CORTÉS, "Datos para la

de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones), Cetina escribió en México "un libro de Comedias morales en prosa y otro de Comedias profanas en verso, con otras muchas cosas". Estas obras nos son desconocidas; de modo que no podemos adivinar hasta qué grado el Nuevo Mundo pudo penetrar en la sensibilidad del sevillano: sólo contamos con unas pocas alusiones que aparecen en su "Paradoja en alabanza de los cuernos". No obstante, Amado Alonso lo llama "poeta hispanomexicano";¹⁶ acaso para señalar el sentido de fusión cultural que con su influencia empieza a notarse en la Nueva España. Porque si hay algo que llama particularmente nuestra atención en los escritores del manuscrito de 1577 es el desarrollo inmediato de un cierto principio de unidad hispánica, entre americanista y universalizante, que hará que un González de Eslava, un Juan de la Cueva o un Eugenio Salazar de Alarcón recojan lo mexicano como algo propio, para incorporarlo a la lengua y a la cultura del Imperio, mientras que el novohispano Francisco de Terrazas se empeña en hacer trascender su esencial mexicanidad hacia los más vastos horizontes de la europeización. Se diría que una tenaz corriente de flujo y reflujo se deslizara, como un desafío, en el fondo de estos movimientos de penetración y compensaciones. Por demás atractivo resulta seguir esta especie de combate espiritual que se hará tan patente en los anónimos sonetos conservados por Dorantes. Pero no estamos haciendo sociología ni historia política. Por otra parte, "averiguar dónde el español se vuelve mexicano es enigma digno de Zenón, y tan escurridizo en las letras como después lo ha sido a la hora de las reclamaciones diplomáticas".¹⁷ Importa, sí, destacar el

biografía de Gutierre de Cetina" (*Ibid.*, XXXII, 1952); RAFAEL LAPESA, "Gutierre de Cetina: Disquisiciones biográficas" (*Estudios Hispánicos*, Wellesley, 1952); MARIO MÉNDEZ BEJARANO, *Poetas españoles que vivieron en América* (Madrid: Renacimiento / Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A. / 1929), pp. 53-70; VALENTÍN DE PEDRO, *América en las letras españolas del siglo de oro* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1954), pp. 244-252; RAFAEL LAPESA, "La poesía de Gutierre de Cetina" (en *Hommage a Ernest Martinenche*); A. M. WITHERS, *The Sources of the Poetry of Gutierre de Cetina*. Introducción de Joaquín Hazañas y La Rúa (Sevilla, 1895).

¹⁶ AMADO ALONSO, en "Biografía de Fernán González de Eslava" (RFH, II, 3, 1940), p. 277.

¹⁷ A. REYES, *Letras...*, p. 72. María del Carmen Millán, por su parte, ha observado: "Las distinciones entre los poetas mexicanos y los españoles de este período están vinculadas (sic) las necesidades de la vida colonial, que entre sus muchos problemas tenía el de dar lugar de privilegio a los hijos de los que contribuyeron, de alguna manera, a la realización de la conquista" (*El paisaje en la poesía mexicana*. México: Imprenta Universitaria, 1952) pp. 20-21.

impacto que las cosas de aquí produjeron en el recién llegado y cómo este hecho se refleja en la poesía.¹⁸

Dos poetas nacidos en la Península en 1534, que estuvieron y escribieron en la Nueva España por la misma época, pueden servir de ejemplo para marcar los extremos de esa relación del artista con su medio. Nos referimos a Pedro de Trejo y a Hernán González de Eslava. PEDRO DE TREJO,¹⁹ quien se acostumbra a presentar como el primer poeta "criollo" de México, es ponderado por la variedad y desenvoltura de una vena fácil y proteica, que va de las formas medievales a las nuevas italianizantes, de las preocupaciones teológicas y filosóficas, al tema amatorio, la elegía, la sátira, lo tradicional y lo popular, y hasta da entrada "al criollismo en algunas de sus composiciones" (J. Campos). Verdad que ensaya innovaciones preceptísticas, como "la serie de serventesios que sólo después apunta en fray Luis y Lope" (Méndez Plancarte) o los "nuevos enlaces del soneto y mezclas de endecasílabos normales y de gaita gallega" (A. Reyes);²⁰ pero su actitud, el tono de su voz, los motivos y modos de expresión están más cerca del siglo XV y la grave copla de Manrique que del vitalismo renacentista o la fruición americana.

Muy diferente es HERNÁN GONZÁLEZ DE ESLAVA, que llega a México hacia 1558, a los 24 años de edad, y de quien dice Amado Alonso: "Los temas y el lenguaje de los *Coloquios*... son mexicanísimos";²¹ tanto que Eguiara y Be-

¹⁸ Sabido es que el poeta español José Zorrilla sentó la tesis de que la literatura de México "fue sólo reflejo de la española mientras México fue español", y que Ignacio Manuel Altamirano fue el primero en exponer un programa de literatura como "fiel expresión de la nacionalidad" sobre la base de "un elemento activo de integración cultural". Véase: JOSÉ LUIS MARTÍNEZ, *La expresión nacional* (México: Imprenta Universitaria, 1955) pp. 230 ss.; Idem., *La emancipación literaria de México* (México: Antigua Librería Robredo / Colección México y lo mexicano, 21/, 1955). De Zorrilla puede leerse ahora *México y los mexicanos* (México: Colección Stadium, 9, 1955).

¹⁹ Pedro de Trejo fue dado a conocer por Francisco Pérez Salazar en la *Revista de Literatura mexicana* (año 1; núm. 1, julio-septiembre de 1940), pp. 59-114, donde publicó en edición facsimilar, el *Cancionero general del poeta Pedro de Trejo plascenciaño* (1569), cuaderno de 58 páginas, del siglo XVI, escrito en Micohacán. En páginas 117-131 puede leerse la biografía de este autor, escrita por Pérez Salazar, "Las obras y desventuras de Pedro de Trejo en la Nueva España del siglo XVI". A continuación figuran cuatro poemas de Trejo hallados en un proceso inquisitorial. Trejo era de Plasencia (Extremadura, España) y anduvo por México a comienzos de la segunda mitad del siglo XVI, probablemente desde 1558 a 1575, fecha de la condena que hace perder todo rastro de su vida, cuyos últimos años deben de haber transcurrido en el confinamiento de la flota surta en el puerto de San Juan de Ulúa.

²⁰ JORGE CAMPOS, "Pedro de Trejo", en el *Diccionario de literatura española* (Madrid: Revista de Occidente; 2da. ed., 1953), pp. 706-707; MÉNDEZ PLANCARTE, *Poetas novohispanos*, I, p. XX; A. REYES, *Letras...*, pp. 74-75.

²¹ AMADO ALONSO, "Biografía de Fernán González de Eslava", en RFH, Año II,

ristáin lo declaran nativo de la Nueva España, y Menéndez y Pelayo no tuteó en considerarlo "el primer dramaturgo mexicano", por más que su teatro pertenezca al momento prelopista. Por su participación en la vida literaria de la Colonia ("la poesía era un modo de vida social", dice A. Alonso en su biografía, p. 247), por las alusiones a sucesos locales, por sus temas y lenguaje, tan arraigados al suelo y afincados en el pueblo mismo, clase a la que él pertenecía, González de Eslava resulta ser el más mexicanizado de los españoles venidos a estas tierras en los comienzos de la colonización. En su pluma, tan humana como divina, refulgen por igual los resplandores de lo culto y de lo popular, como una fusión natural del proceso integrador de lo hispánico que con él adquiere carta de ciudadanía en el Nuevo Mundo.

Con JUAN DE LA GUEVA, quien sólo estuvo tres años en la Nueva España—entre 1574 y 1577— la emoción de lo inmediato se bifurca en movimientos de ánimo que, por un lado se desarrollan idealmente como expresión genérica de sorpresa, admiración y goce, y por otro, apoyado en la sensación directa del contorno físico y humano, acierta a dar una primera visión, bien realista por cierto, minuciosa y cargada de aztequismos, de la ciudad, su clima, árboles, frutas, comidas, fiestas, danzas y hombres que acaba de conocer. Tal ocurre en su "Epístola al Licenciado Sánchez de Obregón, primer Corregidor de México", donde "describe el asiento de la ciudad, el trato y las costumbres de la tierra y condiciones de los naturales della":

*... A toda esta ciudad sois muy propicio
y la ciudad a mí, porque yo en ella
a mi placer me huelgo y me revicio,
y así, la tengo por feliz estrella
la que nos condució, de una fortuna
tan grande cual nos dio y nos trujo a vella.*

*Los edificios altos y opulentos,
de piedra y blanco mármol fabricados,
que suspenden la vista y pensamientos;
las acequias y aquestos regulados*

Núm. 3, pp. 213 ss.; FERNÁN GONZÁLEZ DE ESLAVA, *Coloquios espirituales y sacramentales*. Edición, prólogo y notas de José Rojas Garcidueñas (México: Editorial Porrúa, S. A., 1952; 2 tomos). Véase también el excelente libro de FRIDA WEBER DE KURLAT, *Lo cómico en el teatro de Fernán González de Eslava* (Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1963).

*atanores que el agua traen a peso
de Santa Fe una legua desviados...*

*De aquestas cosas que sin arte expreso,
que admira el verlas y deleitan tanto,
de que puedo hacer largo proceso,
cuando las considero, bien me espanto,
porque tienen consigo una extrañeza
que a alcanzar lo que son no me levanto.*

(MÉNDEZ PLANCARTE, I, pp. 13-14).

Vaguedades, prosaísmos y caídas no faltan en la poesía de Juan de la Cueva, desde aquellas tan mentadas líneas de las seis cosas escritas con C, "síntesis acabada del mal gusto" en opinión de A. Reyes. Hasta parecen deliberadamente primitivos e inexpertos (como de cosa que empieza a ser pero que todavía no es) sus tercetos de rústica armonía y toscos ritmos, su fidelidad a cosas y hechos con esa rudeza retratista que admiramos en las reproducciones de paisajes y las escenas familiares de algunos pintores flamencos:

*Mirad a aquellas frutas naturales,
el plátano, mamey, guayaba, anona,
si en gusto las de España son iguales.*

(*Ibid.*, p. 14).

Por donde, entre comparaciones simples y candorosas, de "encantadora sinceridad", se pasa a lo autobiográfico y lo histórico, con evidente deseo de ponderar lo indígena, aunque los indios en sí mismos le resulten gente "desabrida... y de no buen trato"; juicio modificado en la "Epístola al Maestro Girón", donde los llama "gente quieta y conveniente". Ahora insta a los españoles a venir a gozar de la "vida apacible" de México, porque

*Aquí el deleite anda siempre en vuelta,
aquí el temor jamás turbó contento
ni al placer la discordia con revuelta.*

Dice María del Carmen Millán: "De los elementos que en la poesía de Juan de la Cueva empiezan a esbozar el paisaje mexicano, se destacan dos principalmente: la presencia de colores fuertes y variados y una especie de aliento melancólico que parece salir de la tierra misma, y que también está

tras esa vida apacible y tranquila que gustó con fruición el poeta español".²² ¿Iremos demasiado lejos si nos atrevemos a insinuar que esa "gracia desenfundada y amenos colores", encomiados por Menéndez y Pelayo como virtudes "que fácilmente hacen perdonar la dureza y desaliño de algunos versos" del poeta, son el preludio que abre rutas a la sensación plástica y la expresión visible, transferidas al sentimiento, ya con los ingredientes del matiz y la melancolía como anuncio de constantes que serán propias de la literatura mexicana? Nos place destacar estos tercetos:

*El aguacate a Venus consagrado
por el efecto y trenas de colores,
el capulí y zapote colorado;
la variedad de hierbas y colores
de que hacen figuras estampadas
en lienzo, con matices y labores,
sin otras cien mil cosas regaladas
de que los indios y españoles usan,
que de los indios fueron inventadas.*

(MÉNDEZ PLANCARTE, pp. 14-15).

Para Menéndez y Pelayo "era Juan de la Cueva, aunque nacido en Sevilla, una especie de disidente o tráfuga de la escuela poética de aquella ciudad, no sólo por la mayor libertad y ensanche de su doctrina literaria, análoga en varios puntos al romanticismo, sino también por su alejamiento habitual del artificioso lenguaje poético, reacción que exageraba hasta caer muchas veces en desmadejada trivialidad".²³ Cuando vino a América era ya un hombre relativamente maduro —pasaba de los treinta años de edad—; al volver a España se dedicó al teatro; en 1579 estrenó su primera comedia; la colección más antigua de sus obras dramáticas data de 1583. Antes se dio a conocer como poeta lírico (*Obras*, Sevilla, 1582), siguiendo módulos petrarquistas. Más tarde, en el *Coro febeo de romances historiales* (Sevilla, 1587), se le ve transitar esporádicamente por sendas tradicionales (el romance "Bachiller de un solo libro", por ejemplo). Su teatro no puede ser más español, aunque por lo general mediocre. Se lo suele considerar como el último paso hacia la constitución de un teatro típicamente español, y, por tanto, como figura clave, con todas sus limitaciones, en la dramaturgia pe-

²² MARÍA DEL CARMEN MILLÁN, *El paisaje...*, op. cit., p. 29; A. REYES, *Obras completas*, I, p. 200.

²³ MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de la poesía hispanoamericana*, ed. cit., I, p. 27.

ninsular. Su *Exemplar poético* (1606), primera poética original escrita en verso y en lengua vulgar en la Península Ibérica, según Walberg,²⁴ adquiere, por lo mismo, una importancia excepcional en la preceptiva dramática española. Su interés por lo nacional, lo contemporáneo y lo popular, su receptividad siempre abierta hacia lo nuevo, lo típico de las costumbres y el lenguaje hablado, le dan un carácter singularmente distintivo entre los escritores de su tiempo. ¿Se debió esta peculiaridad a la índole natural de su temperamento o a la variedad de sus experiencias en el ancho mundo por él visitado? Por momentos, este andaluz tan espontáneo como trivial e iluso, a la vez que tan recio en sus arranques de entrañable franqueza, da la impresión del indiano que vuelve para repartir sus ganancias en el predio natal. Y si esto no fuera así, ahí quedan para nosotros, los hispanoamericanos, sus templadas notas de amor y reconocimiento a la tierra que le abrió nuevas ventanas por donde asomarse a la vida y al arte. Lástima que el mérito de su poesía no pueda compulsarse con la novedad de sus rumbos y la nobleza de sus intenciones. De todos modos, su valor "representativo", de verdadero hito señero en la estimación y aprovechamiento de primicias novohispanas, es incuestionable. Lo consideramos bastante, y no pretendemos asignarle más que lo que atinó a esbozarnos para futuros y mejores diseños. Sirva esta aclaración para evitar confusiones. Juan de la Cueva supo hacer presente en sus versos lo que ya existía como realidad inevitable en la vida común de españoles y americanos. No logró separar sus cuadros de la materia bruta a que estaban adheridos. Se quedó en las enumeraciones e inventarios, en los entes intactos de la naturaleza, criaturas vivas pero a media voz, más evidentes por su aspereza que por cualquier accidente individualizador. Salpicaduras de brocha gorda no dejan ver los trazos del pincel artista. La naturaleza está antes que el paisaje. Lo contemplado se traga al contemplador. Todo esto es cierto. Pero no hay más remedio que concederle, con A. Reyes: que "adelanta una primera visión de nuestro ambiente" y que, a veces, ofrece "la fidelidad de un buen retrato".²⁵

Algún lustro más de elaboración y pulimento será necesario para que las cosas se recorten y las siluetas se perfilen en descripciones de deliberado interés artístico. Esta tarea va a ser realizada por EUGENIO SALAZAR DE ALAR-

²⁴ E. WALBERG, "Juan de la Cueva et son *Exemplar poético*", en *Lunds Universitets* (Lund, Suecia, 1904, Vol. XXXIX); FRANCISCO DE ICAZA, "Juan de la Cueva", en *Boletín de la Real Academia Española* (IV, 1917) y sus prólogos a Juan de la Cueva, *Comedias y tragedias* (Madrid, 1917) y en "Clásicos Castellanos", LX (2a. ed., 1941); MARCEL BATAILLON, "Simplex reflexions sur Juan de la Cueva", en *Bulletin Hispanique* (1935).

²⁵ A. REYES, *Letras...*, p. 73.

cÓN,²⁶ quien moró en México entre 1581 y 1598. Salazar es escritor de educación universitaria. Sabe sus latines, conoce su Erasmo y se ha entrenado en agudezas intelectuales y técnicas retóricas. Hombre de casta y beneficiario de altos cargos burocráticos es, por tradición familiar y por la frecuentación de refinados medios sociales y círculos de cultura, un burgués hogareño con mentalidad cortesana; en cierto modo un "clerc" que conoce su "métier" como un renacentista y que gusta portarse como un criollo aprovechado. Personalidad cambiante, diestra y empeñosa, todo en él hace pensar que estaba bien preparado para resolver el conflicto estético que "tuvo que surgir cuando la raza y aun el habla de los españoles vinieron a troquelar con su sello todos nuestros elementos nativos";²⁷ el de la *musa tradicional*, impuesta por su validez histórica y como condición operativa de la misión colonizadora, con el de la *musa nativa*, latente siempre en el seno de la tierra y apenas oculta en el corazón de los hombres, dispuesta a vivir al primer soplo del aire, un vuelo apercebido o una simple herida abierta en la corteza del tronco indígena.

Si Eugenio de Salazar nació en 1530, tenía cuarenta y tres años de edad cuando, en 1573, pasó a ocupar el cargo de Oidor en Santo Domingo, y cincuenta y uno cuando llegó a México. Se había casado con Catalina Carrillo en 1557, y a su esposa dedicó una parte muy nutrida de su producción lírica. En España escribió cartas satíricas, con gracia y donaire (en "gallarda prosa", dice A. Reyes), que no publicó por considerarlas "cosa de burlas". Cabe suponer —y es lo más lógico— que son del período de su felicidad familiar los muchos sonetos, canciones y obras "líricas" (como el autor gusta llamarlas) consagrados a su esposa. En 1559 "dióse a pretender en la Corte"; fue designado Fiscal de la Audiencia de Galicia, hasta que, en 1567, obtiene la Gobernación de las islas de Tenerife y Palma, en las Canarias. Con cargos de tanta figuración, el poeta de corte pastoril y delicias hogareñas y el prosista de humor y chispeantes observaciones se torna grave y solemne (A. Reyes), escribe "versos para enumerar los cargos que desempeñaba",²⁸ oculta sus poemas

²⁶ Sobre Eugenio de Salazar véase: GARCÍA ICAZBALCETA, *Obras*, t. IV; "Biografías", III; vol. 6 de la "Biblioteca de Escritores Mexicanos" (México: V. Agüeros, Editor), pp. 79-83; PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Obra crítica*, ed. cit., pp. 679-680; A. REYES, *Obras completas*, I, pp. 249-252; PIMENTEL, *Historia...*, pp. 44 ss.; MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia...*, I, pp. 22 ss.; MARÍA DEL CARMEN MILLÁN, *El paisaje...*, pp. 29-32.

²⁷ A. REYES, *Obras completas* (México: Fondo de Cultura Económica, t. I, 1955), p. 198.

²⁸ En el siguiente soneto:

*Nací y casé en Madrid; crióme estudiando
la Escuela Complutense y Salamantina,*

porque —dice— "temí por causa de mi profesión y oficio no tuviesen algunos a desautoridad mía publicar e imprimir obras en metro castellano".²⁹ A causa de tales escrúpulos, dejó ordenada, precedida de minuciosas recomendaciones, el *corpus* de todas sus obras de interés literario (por lo cual excluye los "Puntos de Derecho" que pensaba publicar en vida) para que se dieran a luz después de su muerte. El manuscrito original (en folio de 533 hojas) que se conserva en la Biblioteca de la Academia de la Historia de Madrid, fue preparado en la Nueva España y lleva por título el de *Silva de poesía, compuesta por Eugenio Salazar, vecino y natural de Madrid*.

La *Silva de poesía* se compone de cuatro partes, con el siguiente contenido: Primera parte, donde reúne las "obras que Eugenio de Salazar hizo a contemplación de Doña Catalina Carrillo, su amada mujer", dividida en dos: a) obras pastoriles; b) sonetos, canciones, etc. Segunda parte: "donde hay obras que el autor compuso a contemplación de diversas personas y para diversos fines", sonetos, canciones, epístolas en verso, etc. Es la parte que da referencias sobre la poesía en Santo Domingo y reproduce todo lo que se relaciona con México. Tercera parte: "que contiene algunas de las cartas en prosa a muy particulares amigos suyos". En la primera parte hallamos una octava rima —"La perpetuación de mayo", fol. 177-181—, con el objeto de celebrar el aniversario de su matrimonio, en la cual Catalina de Carrillo aparece luciendo, junto a una blanquísima azucena, "un lustroso íczoil es un pimpollo que hay en la Nueva España a manera de palmito, que tiene las cabezas de las pencas blanquísimas y lustrosísimas". Inmediatamente después sigue la segunda parte, la cual se inicia con un soneto "A Doña Blanca Henríquez, marquesa de Villamanrique, virreina de Nueva España", que sirve de dedica-

*la licencia me dió la Segundina (la de Sigüenza),
la Mexicana de doctor el mando.*

*Las Salinas reales fui juzgando,
puertos de raya a Portugal vecina,
Juez Pesquisador fui a la contina
y estuve en las Canarias gobernando.*

*Oidor fui en la Española: Guatemala
me tuvo por fiscal, y de allí un salto
di en México a fiscal, y a oidor luego;*

*de allí di otro al tribunal más alto
de Indias, que me puso Dios la escala:
allí me abraza su divino fuego.*

(GARCÍA ICAZBALCETA, *Obras*, ed. cit., pp. 80-81).

²⁹ EN GALLARDO, *Ensayo...*, IV, p. 326.

toría a la "Bucólica:-Alber-Blanca. Descripción de la Laguna de México" (fols. 182-196). En el folio 302, el "Romance en voz de Catalina en una ausencia larga a Ultramar del autor siendo desposados", que son las composiciones que realmente interesan a nuestro estudio.

Empezaremos con la "Epístola a Herrera", porque en ella lo cultural predomina sobre lo directamente experimentado. Se ve que la misiva tiene más un carácter informante que estrictamente literario, y que, como tal, quiere dar cuenta de todos los aspectos de la vida espiritual y civil de México; en un plan minucioso, aunque sin detalles precisos, sin nombres ni obras que lo ilustren, clasifica formas del saber, géneros y especies preceptísticas, ciencias, filosofía, gobierno, religión, etc. Tan vago y dilatado resulta todo, que si no fuera por las menciones de Moctezuma y Cortés, difícil sería adivinar que está hablando de México. La misma entrada descriptiva es un aéreo telón mental

*donde el cielo
en círculo llevando su grandeza
pasa sobre occidente en presto vuelo,
y donde el sol alumbra la belleza
de los valles y montes encumbrados...*

Altura ideal, sin duda, para situar, de modo casi abstracto, la gramática, la retórica, la moral, etc.:

*Aquí que (como en la gentil floresta
la linda Primavera de mil flores,
de beldad llenas con su mano presta)
van descubriéndose otras muy mejores
de artes y de ciencias levantadas
que ilustren otros nuevos moradores.*

(GALLARDO, *Ensayo...*, IV, 353-4).

Pasa revista a las influencias: las de la lengua toscana, provenzal, griega..., y se detiene en este cuadro de égloga convencional:

*La Nueva España: ya resuena en ella
el canto de las Musas deleitosas
que vienen con gran gusto a ennoblecella.
Y en las más claras fuentes sonoras,*

*y en los más altos montes florecidos
piden veneración las dulces Diosas,
cantando versos dulces y medidos,
diversas rimas con primor compuestas
que de armonía llenan los oídos.*

(*Ibid.*, 355-356).

Allí los escritores son "muy doctos y famosos", se hallan "los ingenios más floridos"... "y prendas de varones eruditos". Por momentos pareciera que ya va a introducirnos en algún detalle de precisión distintiva:

*Rompiendo gruesas lanzas en la tela,
sufriendo el duro golpe en el torneo,
aunque el brazo y la cabeza sienta y duela.
Con gran destreza gobernar ya veo
la adarga y lanza y el feroz caballo,
sin que el jinete haga lance feo.*

(*Ibid.*, 357).

Pero, no. La mente está en otro lugar, el vocabulario pertenece a otro ámbito, lejano y libresco, y la materia poética no le toca la cuerda sensible. Hay demasiadas musas y zamponas para que esta arcadia pueda convertirse en algo real:

*Ya por los prados y por verdes cuestras
la ruda Musa dulcemente suena
a las ovejas, a la sombra puestas,
y su zampona, de malicia ajena,
y del ornato de ciudad curiosa,
con cuerda sencillez su son ordena.*

(*Ibid.*, 356).

En general, el fin es más evidente que la realización: halagar a su ilustre destinatario:

*Que con tu fino esmalte lustre dieses
al oro de la rica Poesía,
y con tu clara luz la descubrieses.
Como en la honda mina donde el día*

*no entra, ni del sol alguna lumbre
que muestre el metal rico donde guía;
metida la candela que lo alumbra,
descubre luego la preciosa veta
que hinca al centro desde la alta cumbre.*

(Ibid., 358).

Observa María del Carmen Millán que en Eugenio de Salazar "la dificultad consiste en asegurar cuál era para él más realidad poética: aquella en la que vivía por su educación... y por su época; o esta otra, contundente y enérgica, que le sale al encuentro".³⁰ Y en seguida surge la pregunta: ¿en qué medida logró el poeta poner la materia novohispana en los moldes artísticos de su tiempo y cómo? Importa saber, ante todo, lo que tuvo que abandonar de su caudal europeo, y si hubo una consciente labor de selección para aprovechar lo adquirido en su plan de posible estrategia de nuevas conquistas. Para responder a esta pregunta será preciso que nos desplazemos al otro plano de la visión de Salazar: el descriptivo, donde las cargas de sus conocimientos clásicos y renacentistas, si bien le siguen presionando, ahora buscan el modo de acomodarse a las nuevas experiencias. El mismo "aderezo retórico" se afina para penetrar en la realidad concreta, desleírse en ella y salir en el ensamble plástico, como en un forcejeo incómodo entre la aspereza de sus erizados aztequismos y su no del todo abandonada "manera blanda y apacible de Garcilaso" (Menéndez y Pelayo).

Diríase que Salazar se tonifica, se robustece y viriliza en contacto con el aire y todos los elementos naturales de la "Laguna de México", cuya descripción emprende partiendo de lejanías mitológicas y, a paso lento, como con temor y cautela, se allega y establece en el "fuerte pecho" del "cerro airoso" de Chapultepec (Gallardo, 366). Salazar ha dejado atrás sus resabios eróticos y petrarquistas, la empalagosa dulzura que todavía nos harta en la "Epístola", el dasvaído eco de las "musas deleitosas", las inoperantes "claras fuentes sonoras", dignas de otra gloria en Garcilaso, y hasta la muy humana y personal temática que impregnaba con "ternura conyugal" su "prosaísmo casero" (Menéndez y Pelayo). Su facilidad y variedad de antaño se estrellan al dar con esos "peñoles" que se llaman Tecpecingo, Tepcapulco y Xico; su inspiración se empapa como de un elemento disolvente ("su elemento y su licor salado"), "por las entrañas de la firme tierra", en "este ejido y valles tan extraños"; un estrépito de colores y de ruido exótico le entra por los ojos, le atraviesa tercamente sus oídos y le cuaja en las "profundas venas". Admirado, asienta:

³⁰ MARÍA DEL CARMEN MILLÁN, *El paisaje...*, p. 30.

*Allí está aquella población famosa:
Tenuxtílén la rica y populosa;
aquella donde el grande Moctezuma
tuvo su corte y su real asiento
a donde en plata y oro y rica pluma
juntaba de tributos largo cuento...*

Y no puede menos que reconocer

*a la bella ciudad, donde se cierra
de verdes cerros llenos de hermosura,
una espaciosa y muy gentil llanura.*

(Ibid., 362).

La laguna de México y el cerro de Chapultepec se le vienen encima con implacable dominio. Para recobrar del asalto invoca a Neptuno, a Júpiter, al viejo Nereo, a dríadas, delfines y tritones, al mismo Dios Pan, el "Pan Eterno que es uno y trino" calderoniano; pero pronto se libra de toda esa fanfarria decorativa y empieza a vestirse con el "color local y americano" en versos de fluída limpidez:

*Alrededor de la laguna clara
por todas partes sale y hermosea
el verde campo, donde se repara
y repasta el ganado y se recrea.
Aquí el mastín despierto no lo ampara,
ni hay en este lugar para qué sea:
que no le sale el lobo, ni le trata,
ni dél aquí el ganado se recata.*

*El Mayoral de aquesta pradería
tiene un escueto cerro por majada,
de donde otea, en asomando el día,
los prados con su fresca rociada.
Ve los ganados, ve la pastoría,
ve la laguna y la ciudad, que agrada,
porque el cerro todo se descubre,
que es eminente, y nada se le encubre.*

*Chapultepec se llama el cerro airoso;
y en forma de un montón grande está puesto,
tosco a la vista; empero muy hermoso,
de tosca piedra al parecer compuesto;
mas entre aquellas piedras muy vistoso
de árboles silvestres entrepuesto,
que visto da a los ojos gran contento
desde su calve hasta su cimientto.*

*Abre en la raíz fija un ojo claro
de un agua dulce, clara, fresca y pura,
contra la sed de México el reparo,
el refrigerio y general hartura.
Es tan profundo el nacimiento raro,
que apenas sonda alcanza a su hondura:
sale con manso y natural sonido,
a la vista agradando y al oído.*

(Ibid., 365-366).

Verdad que en estas descripciones, como ha notado la doctora Millán, “se observa la intervención constante de la escuela clásica” —o, más bien, la tonalidad bucólica del renacimiento—; y es posible que “quizá en Salazar no se advierta ningún sentimiento que demuestre francamente un intento de identificación con nuestro ambiente (seguimos citando a la doctora Millán), pero sí resulta significativa la intervención de palabras (que en realidad son objetos, cosas presentes) que por sí solas nos colocan en un medio ambiente americano”. El poeta se encuentra con algo diferente: sobre todo plantas que no están en la memoria del lector de Garcilaso —ni por supuesto en el repositorio de su lengua—, como el “tule”, la “milpa”, el “chile”, el “ají”; los ve como son y los califica mezclando las percepciones directas con las reminiscencias literarias: 2 “milpas bellas”, “verde tule”, “bermejo chile”, “naranjado ají”, junto a la “fresca juncia”, por ejemplo. En esta naturaleza “extraña” no debe sorprendernos que un poeta cargado de mitologías nos haga recorrer la laguna mexicana, en un viaje fantástico, montado “en una gran ballena” —“rica silla de limpio nácar”—, junto al “Rey a quien se humilla/ el mar soberbio, el que es obedecido/ de los peces más fieros y espantosos/ y de los vientos bravos y furiosos” (Ibid., 363). Lo que importa es la fusión de lo “literario” con la vivencia que el impacto de las sensaciones

torna sensible y delicada la materia tosca que levanta. El pasaje que mejor ejemplifica ese ensamble es el siguiente, por demás citado por lo obvio:

*Allí el bermejo chile colorea,
y el naranjado ají no muy maduro;
allí el frío tomate verdeguea,
y flores de color claro y oscuro,
y el agua dulce entre ellas que blanquea
haciendo un enrejado claro y puro
de blanca plata y variado esmalte,
porque ninguna cosa bella falte.*

(Ibid., 364).

En los tres primeros versos la enumeración no pasa de un inventario vegetal —anticipo lejano de los de Bello, según A. Reyes—, con sus accidentes naturales, que expresa en adjetivaciones necesarias y poco variadas (cuando no superfluas repeticiones); pero lo concreto y minucioso se quiebra de pronto y se dispersa en juego de colores, como la luz que pasara por un prisma, “haciendo un enrejado claro y puro/ de blanca plata y variado esmalte”, con un sentido plástico y de “poesía en sí”, que dan la medida de sus posibilidades creadoras. Frente a éstas y otras transfiguraciones coloristas que matizan el idilio de Albár y Blanca con que termina la “Bucólica”, Alfonso Reyes no ha resistido a la tentación de suponer “una sinfonía de alburas, preludio a los motivos monocromáticos que Gautier inspirará al modernismo de Gutiérrez Nájera y de Rubén Darío”.³¹

No creemos que sería ir demasiado lejos si reconocemos en la poesía de Salazar tres elementos que deben ser potenciados como ingredientes de futuras realizaciones en la poesía mexicana: a) la fusión cultural de motivos y formas europeas (mitología, visión de la realidad, actitud humana, modos de expresión) con experiencias nuevas con contacto directo con la materia novohispana. Ejemplo: en los pasajes ya citados y en otros que citaremos, la ficción del mito clásico, que hace posible la entrada de Neptuno en la “Laguna de México”, mediante la construcción de “un acueducto secreto”, “calando el monte y cerro y dura sierra”, y así “se pusiese por vistoso objeto a la bella ciudad” (la de Tenoxtitlán “rica y populosa”, poco antes descrita). Terminado el viaje a través del acueducto, empieza Neptuno —“cauto Capitán

³¹ A. REYES, *Letras...*, p. 73; *Resumen...*, p. 13; *Obras completas*, I, p. 199 y pp. 249-252; MÉNDEZ PLANCARTE, *Poetas novohispanos*, I, p. 62; MARÍA DEL CARMEN MILLÁN, *El paisaje...*, p. 32.

que va cubierto/ a tomar fuerza por secreta mina"—, a recorrer la laguna y el cerro, con feliz acogida de éstos al verse honrados por tan ilustre visitante:

*Y ya llegando al deseado puerto,
salió con gracia y majestad divina
por la clara laguna dando lustre
al agua y campo, y a aquel pueblo ilustre.
Hizo su entrada en una gran ballena
que las heladas hondas va hendiendo,*

(adviértase el símil de la ballena asimilando a la canoa indígena, que pocos versos más adelante va a ser mencionada con su propio nombre)

*de resplandor y claro lustre llena,
del agua en su gran boca recogiendo,
y la ciudad y largos campos llena
de espadañas della, que esparciendo
iba amorosamente y rociando
los comarcanos pueblos admirando.*

(Ibid., 363).

Versos de los cuales cabe simbolizar la expansión de la alta prosapia cultural de Occidente sobre la rústica naturaleza del Nuevo Mundo como una acción de beneficio, pero también por esa confesada admiración a los "comarcanos pueblos". De inmediato el dios se humaniza y, ya identificado con el medio, aparece más terreno, en una descripción de nobleza patriarcal:

*Con grave aspecto y rostro muy sereno,
barba de plata que le cubre el pecho,
largo cabello enriquecido y lleno...*

El nuevo reino hallado por el extraordinario visitante, por su parte, y gracias a ese contacto dichoso, se personifica en el "Sur ufano", que desea servirle y va a mostrarle las bellezas del contorno:

*Cerca dél iba el rico Sur ufano
con gana de servirle y agradarle,
el agua sacudiendo con la mano
de la mojada barba; y a mostrarle*

*el bello puerto y lago tan galano
que había hecho para recrearle,
con los campos y cerros del contorno
y grandes pueblos del vistoso adorno.*

(Ibid. 363).

La unión de ambos mundos se va haciendo cada vez más efectiva. La intervención del sabio mensajero hace posible la confrontación y separación del agua dulce y la salada (la de los lagos de Xochimilco y de Tezcoco), para que la primera sirva al regadío y la fecundación. Resultado: el cuadro de legumbres ya citado. El encuentro ha sido encantador, pacífico, ampliamente fructífero. Se proclama "que ésta ha de ser laguna de contentos", y, subiendo a la parte más alta del cerro, se declara su posesión:

*Aquesta laguna tan preciada
a mi Deidad la dejo consagrada.*

(Ibid. 365).

La alegoría mitológica termina aquí, para dar paso a la escena bucólica en que Albár y Blanca (o sea el virrey Alvaro Manrique y su esposa Blanca Henríquez) manifiestan, entre confesiones de amor al modo pastoril, la infinita complacencia de vivir en el nuevo paraíso americano, no sin echar de menos la lejana meseta castellana. La confesión de Albár puede sintetizar ese simbolismo a que hemos venido aludiendo:

b) La segunda aportación de Salazar es ese sentido de la interioridad lírica, que presta delicadeza, discreción y melancolía a cuanto escribe. Los mismos colores adquieren significados anímicos y se aplican a cualidades humanas ("blanca honestidad", por ejemplo). Casi al final de la "Bucólica", Blanca expresa sus sentimientos entrañada en el paisaje, como si ella fuera ya parte del alma de las cosas, con una ternura que deja muy atrás cualquier convencionalismo de escuela:

*Por valle y monte sigo
ganosa tus pisadas,
y los secos rastrojos
son flores a mis ojos,
si por tu senda van enderezados:
que cuando amor afierra,
llana se hace la fragosa tierra.*

(Ibid. 369).

Confesión y felicidad que termina en ajustada "intencionalidad significativa" de no poca eficacia poemática:

*Albár, cuando se ríe
el Alba, y luego veo
de ésa tu cara la encarnada albura,
el Alba no me envíe
otra gala ni arreo;
albo me es todo, y alba mi ventura,
albea en tu figura
la alba y fresca rosa;
albea tu prudencia,
albea tu conciencia,
albea tu piedad maravillosa.
Mi Albár: ¡nunca Dios quiera
halle el Alba sin ti a tu compañera!*

(Ibid. 370).

c) Por este camino del juego de colores, las transposiciones líricas, los matices expresivos y las significaciones simbólicas, Salazar abre rumbos y da pautas a lo que hoy llamamos "poesía pura". Un soneto, poco menos que desconocido, puede tomarse como ejemplo de esta aspiración del poeta: la de identificar su alma con la belleza pura.

El soneto se titula "Vidrio de rosas". La flor que le sirve de símil no es una novedad introducida por Salazar en la poesía española, pero sí en América, donde hallará acabadas aplicaciones en Sor Juana y en poetas más modernos. Dice así:

*¡Oh lozanico vaso vidrioso!
¡Oh agua clara, fresca, dulce y pura!
¡Oh rosas delicadas, en quien dura
un ser suave, lindo y oloroso!*

*El claro cielo, empíreo, glorioso,
¡oh limpio vidrio!, en ti se me figura,
y en esa tu agua dulce la dulzura
que hinche aquel lugar tan deleitoso.*

*Las coloradas rosas que en ti veo
las gloriosas almas representan
que gozan del bien sumo y alegría.*

*Divinas esperanzas me sustentan:
Padre del cielo, ¡cumple mi deseo!
Que sea rosa tal el alma mía.*

En el "Romance en voz de Catalina en una ausencia larga a ultramar del autor, siendo desposados" (Gallardo, IV, columnas 371-374) se dan unidos los tres elementos antes mencionados. Además, el inventario vegetal de la "Bucólica" (que en mucho nos recuerda lo que después hará, antes que Bello, el interesantísimo autor de la "Silva cubana", ¿Ruvalcaba?), se completa con enumeraciones de pájaros cantores (¿debo admitir que no sólo se anticipa a Balbuena, sino también a Lugones y al propio Neruda?) en una sinfonía de color y sonido que hace pensar en las "bachianas" de Villalobos. Un par de ejemplos para cerrar estos comentarios:

*Cuando la bermeja Aurora
dejaba en el cielo helado,
a Titón su anciano amigo
que fue en beldad extremado...*

(elemento mitológico)

*Cuando los corrientes ríos
de arboledas adornados,
muestran de bruñida plata
sus licores y bordados:*

*...
su claro cristal descubren
y sus cursos dilatados,
lavando los limpios guijos,
las arenas blanqueando:
cuando los montes y valles
y los extendidos prados
manifiestan sus colores
verde, blanco y naranjado,
azul, prieto y amarillo,
rojo, pardo y encarnado,
turquesco, color de cielo,
lo morado y lo leonado:
cuando de la blanca rosa
se abre el pabellón morado,*

y brota entre puntos verdes
el bel clavel colorado,
la azucena y el jazmín
descubren su lustre blanco,
y la morada violeta
con el alhelí morado;
y los campos hacen muestra
de sus galas a lo claro,
obradas con mil matices
y rocío aljofarado...

(color, matiz, inventarios vegetales)

Y el suave ruiseñor
y el cençontle están cantando,
de pies en las verdes ramas
del árbol verde y lozano:
y el canario y sirguerico
y calandria levantando
al cielo sus dulces voces...

(inventario de pájaros)

¡Ah cómo tardas, amado!
Saliste por pocos días,
detiéneste muchos años:
temo que por mi desdicha
el mar se haya cuajado.

(interioridad lírica).

En conclusión: Eugenio de Salazar merece ser editado y mejor conocido, porque su producción poética tiene particular interés en sus relaciones con los comienzos de la poesía mexicana.

No menos significativa es la producción mexicana del andariego y satírico peninsular MATEO ROSAS DE OQUENDO.³² Este singular personaje, de

³² ROSAS DE OQUENDO, escrito también así: Roxas, Rojas, Rozas; usó los seudónimos de Juan Sánchez, "Andronio", "Jerónimo" y "Lucinio amante de Rosilla". En 1883, García Icazbalceta, al examinar el Ms. de la *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España* (publicada por primera vez en México, Imprenta del Museo Nacional, 1902), dio a conocer el nombre del "satírico Oquendo, criado del que fue en el Pirú el Ilmo. Dn. García Hurtado de Mendoza..." (ed. cit., p. 150; lo vuelve a citar en

quien poco se sabe, llegó a América después de haber viajado por Italia y Francia. Si se acepta que había nacido en 1559 y que salió de España en 1582, debió tener unos 23 años de edad cuando, según cierta carta que se le atribuye ("Felisio, tu carta vide"), hizo escalas en Cartagena y Panamá, desde donde fue al Perú. De Lima salió rumbo a la Argentina, como acompañante de Ramiro de Velazco, designado Gobernador de Tucumán en 1584. Se le ve figurar en documentos de Santiago del Estero, La Rioja y Córdoba, y ocupar cargos oficiales, entre 1586 y 1593. De esta última fecha es una declaración que se encuentra en el Archivo Histórico de Córdoba (Argentina), por la cual nos enteramos de que escribió un poema descriptivo de la provincia de Tucumán, desde su descubrimiento y conquista por Diego de Rojas hasta el gobierno de Ramiro de Velazco, titulado *Famatina*, hoy perdido. Volvió a Lima y acaso fuera "criado" del Virrey Diego Hurtado de Mendoza, como dice Dorantes de Carranza. Lo cierto es que vivió en el Perú hasta 1598, año en que fecha su conocida "Sátira... a las cosas que pasan en el Pirú". Ese mismo año se fue a México, donde vivió al finalizar el siglo XVI, al parecer ya más sosegado, por lo menos en los embistes de su pluma satírica.

En México siente la atracción del medio ambiente, y si no abandona la sátira por completo, lo que más distingue sus composiciones de este período son sus descripciones del paisaje, su preferencia por las alabanzas, la crónica y aun el registro de formas propias del habla de los indios. México —el "estaque mexicano"— le resulta un "apacible albergue", canta al "Indiano volcán famoso", a las "Montañas de Guadalupe", al paisaje de Yucatán y Campeche (aunque no haya visitado esa región, según confesión propia), y en el "Romance a México" da una visión de gentes y costumbres, cuyo interés, como afirma Alfonso Reyes, no radica en "la excelencia de su obra, sino por el testimonio que ella nos da sobre la vida americana en el siglo XVI".³³

la p. 233). A. Paz y Melia dio a conocer el *Cartapacio de diferentes versos a diversos asuntos compuestos o recogidos por Mateo Rosas de Oquendo*, en *Bulletin Hispanique* (1906 y 1907). En 1917 el argentino P. Pablo Cabrera, sin conocer los trabajos anteriores, dio nuevos datos de nuestro autor, en "Mateo Rosas de Oquendo, el poeta más antiguo de Tucumán" (*Revista de la Universidad de Córdoba, Argentina*, t. IV (1917), pp. 90-97). El mismo año, Alfonso Reyes publica su "Rosas de Oquendo en América" (*RFE*, IV, 1917), estudio que recoge en sus *Capítulos de literatura española*. Primera serie (México: La Casa de España en México, 1939), pp. 21-71. Sobre estos textos han espigado otros autores, como Horacio G. Rava, Ricardo Rojas, Véllez Picasso, Andrés Greco, Emilio Carilla y otros, hasta el descubrimiento de nuevos Ms. (3912 y 3560 de la Biblioteca Nacional de Madrid), por el P. Rubén Vargas Ugarte, quien dio los textos en *Rosas de Oquendo y otros*. Introducción y notas de... (Lima: Clásicos Peruanos, vol. 5, 1955).

³³ A. REYES, *Capítulos...*, op. cit., p. 31.

Rosas de Oquendo es, ante todo, un observador de la vida en sociedad y un analista del alma individual. Sus sátiras y romances descriptivo-autobiográficos dejan ver, en sumo grado, los resentimientos del español que choca con el medio y la nueva actitud que el criollo va asumiendo con respecto al progenitor peninsular. No parece casual que en el *Cartapacio* de la Biblioteca Nacional de Madrid (Núm. 19. 387) se hallen, junto a sus obras originales, otras de índole crítica, como el famoso soneto "Minas de plata, sin verdad mineros", que, junto con "Viene de España por el mar salobre" y "Niños soldados, mozos capitanes",³⁴ se aducen como pruebas de la pugna entre dos generaciones ya bien diferenciadas. Rosas de Oquendo, que tan duro había sido en su sátira contra los peruanos, aparece mucho más suave (melancólico dice A. Reyes) en su "Sátira que hizo un galán a una dama criolla que le alababa mucho a México". Aquí también "desahogó su resentimiento español contra la vida criolla que carecía cada vez más", como afirma Anderson Imbert. "Sin embargo —sigo la cita— se advierte que, de tanto vivir en colonias, su primera animosidad contra el criollo, su primera arrogancia de europeo, fueron disminuyendo. En México llegó a expresar cierto entusiasmo. Con los años parece que se encariñó con el nuevo mundo".³⁵ De ese entusiasmo y cariño dan testimonio el "Romance a México" y el "Indiano volcán famoso". En el primero, una tarde en que está "contemplando mis desgracias, / dando guerra a la memoria / la ausencia de nuestra patria"... "considerando el silencio / de aquesta ciudad loada", enumera:

*Tanto galán caballero,
muchas y bizarras damas
que la adornan y engrandecen,
que la ilustran y la ensalzan,
gran suma de mercaderes
que, aunque todo el mundo abarcan,
como pesas de reloj
unos suben y otros bajan;
muchos doctores de borla,
muchos letrados de fama,
licenciados canonistas
que a Bártulos aventajan;*

³⁴ Dichos sonetos pueden leerse en MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia...*, ed. cit., I, pp. 39-41. Fueron hallados por García Icazbalceta en el mismo manuscrito en que encontró las octavas de Terrazas.

³⁵ E. ANDERSON IMBERT, *Historia de la literatura hispanoamericana*. (México: Fondo de Cultura Económica; 3a. ed., 1961, vol. 1), pp. 71-7.

*teólogos de conciencia
que la conservan y amparan;
bachilleres y letrados,
casi más que Salamanca.
En estas diez excelencias
se encierra quien la levanta
sobre cuanto en sí contiene
Roma, España, Italia y Francia:
la plata, ganado y trigo,
ilustres puentes y plazas,
templos hermosos, famosos,
fuentes, caballos y casas.*

El "Indiano volcán famoso", con su intensa nota de intimidad y recursos formales de más alta elaboración parece ser el más claro ejemplo de unidad entre hombre y mundo antes rechazada por nuestro autor:

*Indiano volcán famoso,
cuyas encumbradas sienes
sobre tablas de alabastro
coronan copos de nieve:
así las cumbres más altas
con derechos puntas entren
a compartir con los cielos
tus copados pinos verdes;
así tu menuda escarcha
cuajada en perlas se quede,
que des paso a mis suspiros
para que a su dueño alleguen.
Así el sol que te arrebola
tu fogoso azufre trueque
en vetas de plata y oro,
por quien te adoren las gentes.
Dirás que un ausente afirme,
—que es mucho haber firme ausente—
quejoso ya de la vida
pide remedio a la muerte.
Que aunque el morir es tan triste,
yo diré que muero alegre
con que reciba en su cielo*

el alma que allá me tiene.
Y vosotros, entretanto,
altos pinos, rocas fuertes,
sentid el mal que se acaba,
si acaso acabarme puede.

LA OBRA DE ALFREDO MAILLEFERT Y JOSÉ RUBÉN ROMERO

PROF. RAÚL ARREOLA CORTÉS

I

"Ciertas cosas son azules sólo porque
se contemplan desde muy lejos".

A. M.

ALFREDO MAILLEFERT nació en Taretan, Mich., el 24 de junio de 1889, único fruto del matrimonio del Ing. Alfredo Maillfert Olaguibel y de una hija de don Feliciano Vidales, dueño de la rica hacienda de San Marcos. Cuatro meses tenía de vida el pequeño Alfredo cuando perdió a su padre y quedó bajo el amoroso cuidado de su madre, que le procuró una educación acorde con la tradición familiar paterna, enraizada en la cultura y el espíritu franceses. En Morelia estudió las primeras letras con la maestra María Granados, que más tarde sería la madre del escritor Antonio Brambila.

Desde su infancia se estableció en Morelia, intentó hacer carrera en algunos planteles de esa ciudad, sin haber conseguido su propósito. A partir de 1917 se radicó en México y trabajó como redactor del periódico *La República*, que editaba el periodista Heriberto Barrón. En 1922 regresó a Morelia y fue maestro de Francés y de Lengua Castellana en las Escuelas Normales de Varones y Señoritas. En 1926 regresó a México y prestó sus servicios en la Oficina de Extensión Educativa de la Secretaría de Educación Pública. En 1934 renunció a su empleo y se incorporó a la docencia en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde impartió las cátedras de Francés y Literatura Hispano-americana; fue además traductor y corrector de pruebas de la Imprenta Universitaria, con cuyo sello se publicaron sus biografías breves de Vasco de Quiroga, fray Servando Teresa de Mier y Dr. Miguel Silva (1936). A fines del mes de julio de 1937 apareció su libro *Laudanza de Mi-*